

IX.

Desde entonces, Zayda Fatima fué considerada en la corte de Castilla como la infanta de Granada doña María de Granada y de Molina, convertida y vasalla del rey de Castilla, á lo que se añadió el título de rica hembra y las villas de Pozaldez, Cabezón y Trigueros, con mero mixto imperio, derecho de alta y baja justicia civil y criminal, con todos los demás fueros y preeminencias que en aquellos tiempos constituían señorío.

Con lo cual quedó Zayda Fatima tan rica como una infanta de Castilla, y puso alcaides en sus villas de Pozaldez, Cabezón y Trigueros, y en las sus otras villas del reino de Granada, Illo-
ra, Moclin y Alcaudete.

Además, conservó consigo á Zancudo y á Diego de Moron, y como hasta cincuenta lanzas gruesas de su antigua compañía.

CAPITULO VIII.

EN QUE DIEGO DE MORON DETERMINA QUE ZAYDA FATIMA Y EL CABALLERO DEL AGUILA ROJA ERAN DOS PERSONAS DISTINTAS AUNQUE SEMEJANTES.

I.

—Os digo que sí, decía con los ojos encandilados y fosforescentes á Diego de Moron, Zancudo.

—Os digo que no, contestaba flemáticamente Diego de Moron, engullendo con delicia uña de vaca aderezada con perejil.

Esta uña de vaca estaba en gran cantidad en una tartera de barro cocido sobre un paño no muy limpio, que cubría una larga mesa.

Un gran jarro lleno de vino, un enorme pan candeal y algunos pimientos picudos acompañaban esta tartera.

El lugar de la escena era un cuartucho que daba sobre un huerto, en el burdel de la Marilinda, situado en el arrabal de los Molinos.

La disputa versaba sobre Zayda Fatima ó doña María de Granada y de Molina, como mejor queramos.

II.

—Pero testarudo albéitar, dijo Zancudo despues de haber dado un buen tiento al jarro lleno de pardillo de la Mota, ¿qué diferencia encontrais vos entre nuestra ama la señora Infanta doña María de Granada y nuestro bravo capitan el caballero del Aguila Roja?

—Pues ahí es nada, contestaba Diego de Moron engullendo siempre: ¡lo que va de un hombre á una mujer! ¡Cáscaras! al capitan le temia yo como á una vara verde, y cuando me miraba con aquellos ojazos negros que tenia, me echaba á temblar. Ahora tiemblo tambien cuando la señora infanta me mira con sus dulces ojos, pero no es de miedo, yo os lo aseguro. ¡Pardiez! ¿sabeis que yo no he visto en todos los dias de mi vida una mujer tan hermosa y tan resplandeciente? Mirad que aquel moreno encendido y suave, y aquellos labios del color de la granada abierta, y aquellos ojos de cielo, y aquellos cabellos tan negros y tan rizados, y por los cabellos os cojo para convenceros de que, aunque la infanta doña María se parezca muchísimo al infante don Gutierre, no son una misma persona. ¡Qué hombre! quitad allá; si el infante don Gutierre tenia la cabellera luenga, es cierto, pero luenga como la tienen los hombres, y la infanta doña María tiene unas trenzas gruesas como mi brazo, y que la arrastran.

—Mirad, albéitar del diablo: teniendo cáñamo á mano, ¿no haceis una cuerda cuan larga quereis?

—Cierto que sí, dijo Diego de Moron algo confuso con la salida, con el símil exactísimo de Zancudo, que era hombre de buen ingenio.

—Pues mal pícaro, tonto, exclamó Zancudo, que se habia acostumbrado á tratar de cualquier manera al Zurdo, habiendo cabelleras que comprar, y que así que las tienen malas las de Castilla, ¿no veis que la infanta ó el infante, que yo no sé cuál

de los dos sea todavía, ha podido hacerse unas trenzas tan largas, que si empieza á andar se queden las puntas aquí, mientras ella ó él estén en la frontera del reino de Granada? Sois un pobre diablo, me habeis engañado; quitando lo de herrador, que eso sí, para herrar, parece que os han enviado del cielo, en todo lo demás, valeis muy poco: mirad qué hombre que afirmó que con lo que habia en el botecillo aquel que parecia agua, se iba á llevar el demonio al infante don Enrique, y con lo que habia en el otro botecillo, que parecia oro líquido, se iba á enamorar perdidamente el caballero del Aguila Roja de la infanta doña Juana Nuñez, y luego salimos con que el infante don Enrique se vuelve mas malo de lo que era, y el caballero del Aguila Roja se convierte en mujer. ¡Bah! callad y comed; para eso tambien servís, que á fé á fé que os habeis comido vos solo ocho patas de ternera.

—Pues os digo, insistió Diego de Moron, que se habia rehecho, que la infanta doña María es mujer y muy mujer: y si no, decidme: ¿no se llamaba infante de no se sabia dónde, nuestro capitan el caballero del Aguila Roja?

—Sí señor, ¿y qué? dijo Zancudo, que se sostenia bravamente en su terreno.

—¿Estais vos seguro de que no son el infante y la infanta dos hermanos, hijos del rey de Granada, que se parecen como una gota de agua á otra gota? Y venid acá, señor bachiller, que estais muy lleno porque sabeis latin y habeis estudiado cuatro vaciedades que para nada sirven, porque con ellas no podeis curar ni á un mal borrico, ¿por qué camino tomó el caballero del Aguila Roja cuando se despidió de nosotros en Medina del Campo?

—¡Toma! tomó por el camino de Madrid.

—¿No se pasa por Madrid para ir á Toledo?

—Cierto que sí.

—¿Y no se pasa por Toledo para ir á las Andalucías?

—Sí señor.

—¿Y á lo último de las Andalucías, no está el reino de Granada?

—Bueno, ¿y qué? Os confieso que no se me alcanza dónde vais á parar.

—Pues voy á parar no menos que á la Alhambra de Granada, en donde de seguro es ahora rey el caballero del Aguila Roja.

—¡Bárbaro! exclamó Zancudo contrariado y como dándose por medio vencido: ¿de dónde habeis sacado vos tal rosario de premisas para llegar á tal y tan lúcida consecuencia?

—Dejadme, dejadme que me desatasque el tragadero, dijo triunfante Diego de Moron embocándose el jarro.

Despues de algunos minutos de delectacion morosa del sabroso, aromático y añejo líquido, Diego de Moron dejó el jarro sobre la mesa, limpióse la boca con el revés de la mano, y dijo:

—Yo sé lo que ha sucedido: el rey Abu-Abdala, que cuando era infante, era, segun nos han dicho esos moros que han venido con la embajada, muy revoltoso y muy tratador con traidorcillos, enemigos de su padre, porque en todas partes hay traidores, hasta entre los moros, andaba, segun dicen, huido de la Alhambra, sin que nadie supiese por donde andaba.

—Han dicho tambien esos moros que se creia andaba en las Alpujarras, amparado por algunos parciales para que su padre no le castigase.

—Donde andaba el infante Abu-Abdala, era en Castilla, y junto á nosotros.

—Y sirviendo á la reina, ¿no es verdad? contestó como poniendo un reparo Zancudo.

—A alguien habia de servir para entretenerse, á los unos ó á los otros: la verdad es que nadie sabia de dónde habia venido ni quién era, y que tenia dinero á mano, y que lo gastaba largamente, sin duda de algun tesoro que se habia traído de Granada: pues reparad ahora; ¿qué se ha dicho de la infanta doña María? que la llamó su padre y que se fué á Granada y que se estuvo allí hasta que su padre murió: ¿no veis un trueque mas claro que la luz del sol? El infante Abu-Abdala se fué allí cuando supo que su padre estaba doliente de la última enfermedad,

y doña Maria de Granada se vino, libre ya de su padre, por lo que ama á nuestra reina, y tal vez por no estar á cargo de su hermano.

—Pero hombre, si el rey de Granada le ha dado villas y señoríos en tierra de moros.

—Lo que quiere decir que el rey de Granada está contento con que su hermana viva al lado de nuestra virtuosa y grande reina.

—Y decidme, exclamó Zancudo, defendiéndose aún: ¿y por qué la infanta doña María ha hecho que nos busquen y á cincuenta de las mejores lanzas de la compañía para tomarnos á sueldo?

—Pues señor, eso ha sido por recomendacion de su hermano, que sabe hartó la buena gente que somos.

—¿Sabeis, dijo Zancudo, que era leal y que cuando le convencian se daba por vencido, que puede ser que tengais razon? Porque á la verdad, á la verdad, por mas que yo miro y remiro á la hermosísima infanta nuestra ama, y aunque veo que se asemeja al infante don Gutierre, me parece muy mujer y muy dama, y el infante don Gutierre me parecia muy hombre, y antójase me que doña María es mas blanca que don Gutierre, y que tiene los ojos y los cabellos mas negros, y que don Gutierre era mas alto; pero otras veces, qué quereis que os diga, cuando me manda así con un poco de aire, me parece oir la voz del caballero del Aguila Roja, y me entra miedo.

—Pues mirad, don Melchor, lo mejor que podemos hacer es no meternos en honduras, y no murmurar de esto, no sea que nos cueste caro; esto sin quitar con que si á mí me toman juramento sobre mi alma, juro y rejuro que la infanta doña María y el caballero del Aguila Roja son dos personas distintas, hermanas sin duda, y que él es el rey de Granada.

—Pues mirad, hermano albéitar, como castellano, lo siento mucho, porque si el rey de Granada es el caballero del Aguila Roja, y siguen por aquí como hasta ahora las traiciones, en dos veranos nos quita la mitad de Castilla.

—Muy hombre es el caballero del Aguila Roja, dijo Diego

de Moron, y si cuando solo tenia trescientas lanzas y doscientos ballesteros hacia prodigios, calculad lo que hará ahora que tiene todo un reino de gente brava y ansiosa de cobrar de los cristianos lo que los cristianos les han quitado. Pero sea lo que fuere, que ya nos lo dirán, ¿á qué hemos venido aquí?

—Hemos venido porque nos ha citado aquel Damian, aquel paje de la infanta doña Juana Nuñez.

—Pues á mí no me ha citado nadie, dijo el Zurdo.

—Me han citado á mí con vos, y esto es lo mismo; yo os he traído, y no os he hablado de eso hasta ahora, porque desde el momento en que nos vimos, nos metimos en la disputa de si nuestra señora era hombre ó mujer, en la que hemos continuado hasta ahora.

—¿Y para qué nos querrá ese Damian, á quien no puedo tragar porque me parece un pícaro?

—Ya lo veremos, hermano albéitar, ya lo veremos; pero me parece que alguien se acerca, y no es el paje, vive Dios, no es el paje: estas pisadas son mas fuertes que las suyas y suenan á espuelas.

En efecto, por un callejon por donde se llegaba al cuartucho en que estaba Melchor Zancudo y Diego de Moron, se acercaban fuertes pasos haciendo sonar unas ruidosas espuelas.

A poco apareció en la puerta un hombre atlético, moreno hasta parecer aceitunado, con la boca prominente, la nariz roma, y los ojos vivos, penetrantes é inquietos.

Este hombre era Ben-Tayde, el jefe ó alcaide de los escuderos del infante don Juan.

CAPITULO IX.

CÓMO SE SIEMBRA LA CALUMNIA.

I.

Ben-Tayde, que era muy aficionado á los colores vivos y á los relumbrones, vestia un bonete de tela de oro sobre grana, sayo de paño rojo con largas mangas perdidas, muceta ó esclavina corta, azul, con capuz, calzas de lana fina rayadas de azul y blanco y borceguies de velludo rojo, sobre los cuales se ajustaban unas grandes espuelas doradas de caballero.

Llevaba además, como distintivo de tal, una pesada cadena dorada al cuello, al costado fuerte y ancha espada, y á la cintura agudo y largo puñal.

Entróse en el aposento sin reparo, sentóse en un banquillo, y dijo mirando fija y audazmente al alférez:

—¿Vos sois don Melchor Zancudo, que en otro tiempo fuisteis hampon y bachiller y despues alférez de la compañía franca de los Hermanos de la Selva y ahora sois capitan de la gen-